

Contra corriente. Cambios Richard Marcus pasó la mitad de sus 50 años estafando casinos en todo el mundo, ganó más de 25 millones de dólares y se hizo célebre en el mundo del azar. Un día cruzó el charco, se regeneró y hoy se gana la vida enseñándole a los dueños de los casinos a evitar ser timados

Arrepentido por el azar

Están filmando una película sobre su vida. Vive solo, sin hijos. 'No me gustaría tener un hijo que sea como yo', admite. Es decir, ahora se gana la vida enseñando a los gerentes de los casinos a evitar que los agarren de tontos

Por Ricardo León

De adolescente 'misio' a adulto con 20.000 dólares en el bolsillo. Richard Marcus siempre vivió apoyándose en el azar. Incluso desde que estaba en la escuela y pasaba los recreos jugando póker con sus amigos en las mesas de la cafetería. Claro, cuando iba a la escuela, porque la mayor parte del tiempo la pasaba metido en los casinos.

Un día le llegó la suerte en las carreras de caballos: empezó apostando 400 dólares y, cuando se fue, tenía 20.000. "Estaba excitado, pensaba que no podía perder nunca. Me subí al auto inmediatamente". Richard manejó desde Nueva York hasta Las Vegas, se estacionó y entró a uno de esos casinos que no permiten el ingreso a menores de edad, a menos que tengan los bolsillos llenos de billetes de 100 dólares. El casino le dio todas las comodidades posibles. "Tenía champán gratis todo el día". Champán y buena suerte: el primer día ganó 25 mil dólares, el segundo una cifra similar.

Cuatro días después la súbita fortuna de Richard era de 100.000 dólares. El día que cumplió 18 años jugó y jugó y perdió absolutamente todo. No le quedó ni un solo dólar y tenía que pagar la habitación. No le quedó otra. Fue al restaurante del hotel, pidió un postre y cuando el mesero fue a traérselo, Richard escapó. Hacerle 'perro muerto' a un hotel de lujo le costó caro porque, sin un solo centavo --había vendido su auto y el dinero lo perdió también-- tuvo que dormir en las calles, debajo de los puentes, en los parques. "Comía en distintos restaurantes, siempre yéndome sin pagar".

La ropa que dejó en el hotel había sido confiscada; para ducharse, Richard entraba a otros hoteles y se aseaba en los camerinos de la piscina. Después de tres semanas, se le ocurrió que podría trabajar en un casino. Era lo único que sabía hacer.

De 'dealer' honesto a aprendiz de estafador. Las tentaciones son antipáticas y casi siempre vienen en racha. A Richard le propusieron varias veces hacer trampa desde su posición de 'dealer' para favorecer a algún jugador a cambio de una comisión. Le ofrecieron pagos en efectivo y en afectivo, pero él mantuvo inalterable su condición de trabajador honesto durante ocho meses. Una noche conoció a un tipo muy amable que de a pocos se hizo su amigo en base a confianza: él también era de Nueva York, tenían amigos en común. Se llamaba Joe Classon y poco tiempo después le confesó que era un estafador profesional de casinos. Richard salía de su trabajo y acompañaba a Joe a otros casinos de la ciudad -- en Las Vegas hay uno cada 20 metros-- a estudiar las probabilidades, a practicar algunos trucos. Joe animó a Richard a estafar al propio casino donde trabajaba, y Richard aceptó después de mucho pensarlo. A las dos semanas renunció a su trabajo y se unió a las filas de Joe, que trabajaba con otras dos personas. Richard no tenía ni 20 años y su vida daba otro giro.

El grupo se paseaba por todos los casinos de Las Vegas, luego iban a ciudades vecinas y poco tiempo después ya realizaban giras internacionales, especialmente en Europa. "No, a Perú nunca llegamos, aquí los casinos eran aún pequeños en esa época. En Sudamérica solo fuimos a Argentina". Para aparentar que eran personas de dinero y no simples embaucadores, Richard y sus socios tenían que mantener un ritmo de vida ad hoc: playas paradisíacas, hoteles de lujo, mujeres de lujo, yates, viajes en primera clase, todo. Para despistar a los 'sapos', a veces se hacían pasar como integrantes de una banda de rock. Ganaban cifras obscenas, y gastaban casi todo igual de rápido. "En todo el tiempo que estafé casinos, habré ganado más de 25 millones de dólares. En un solo día podía conseguir decenas de miles de dólares". Si ahora no es multimillonario, es porque casi todo lo gastó y porque casarse y poco después divorciarse le costó caro, literalmente.

De timador profesional a peligro público reconocido. Tres reglas básicas rigen en el mundo de los timadores de casinos: 1) Ser extremadamente valiente. 2) Ser extremadamente inteligente. 3) No ser ambicioso. Un casino se estafa una sola vez, aun cuando se puede continuar la fechoría. Podría incluirse una cuarta ley: no ir a casinos en países donde a los estafadores les cortan las manos o se las destrozan a golpes, como hace Robert de Niro en "Casino" (de Niro agarra a martillazos al chistoso que lo quiere engañar utilizando aparatos tecnológicos rudimentarios). "Eso puede suceder", advierte Richard Marcus.

A él, por cierto, nunca jamás lo han descubierto en los 25 años que se dedicó al negocio de burlarse de la seguridad de los casinos. "Yo tan chiquito y ellos tan grandes. Nunca me encontraron", comenta en un inglés masticado con español y salpicado de francés. En sus trucos nunca utilizaba aparatos electrónicos, que es lo que los agentes de seguridad de los casinos esperaban encontrar. Richard usaba la psicología. Con sus socios engañaba a los 'dealers' en base a técnicas tan simples como simular una borrachera como medida de distracción previa al rápido movimiento de manos y de fichas. "Era el terror de los casinos. Me conocían por eso en todo el mundo, pero no me descubrían nunca. Los vigilantes de los casinos ya sabían que conmigo debían tener cuidado". Solían aplicar cuatro o cinco trucos (a uno de ellos lo llamó Savannah en honor de una bailarina de cabaret que conoció en un viaje), intercalándolos siempre y respetando como dogmas las

tres leyes básicas mencionadas. Un día Joe, su mentor, se retiró. Al poco tiempo, el grupo se disolvió, pero Richard juntó a otros dos amigos y continuó con su aventura. Hasta que se cansó. "Ya no estaba para eso, agota mucho ir de un lado a otro". Se retiró en los últimos días de 1999, estafando a un casino por 120.000 dólares y gastando parte del dinero, como siempre, en fiestas y mujeres.

De tramposo retirado a consultor en materias de seguridad... para casinos. Richard vive ahora sentado al otro lado de la mesa. Ya no se dedica a estafar casinos, sino más bien a asesorarlos en materia de seguridad. "Les enseñé a cuidarse de tipos como yo". Es decir, ahora se gana la vida enseñando a los gerentes de los casinos a evitar que los agarren de tontos. Para eso lo trajeron al Perú. Gana menos que antes, pero vive tranquilo, además ha publicado cuatro libros sobre el tema y actualmente se está filmando una película sobre su vida. Vive solo, sin hijos ("no me gustaría tener uno que sea como yo", admite), dicta en promedio una conferencia al mes. Con eso vive. Y ya no va al casino. "Cuando descubrí cómo funciona todo, ya el juego deja de ser un placer. Ya no tiene sentido". Ahora, digamos, se gana la vida por la legal.